

mal, como una larga playa de noche», está haciendo ramonismo, está greguerizando.

Gómez de la Serna es el literato puro, dedicado exclusivamente al menester de la literatura. Es el hombre que escribe diariamente desde hace más de cuarenta años y vuelca el tesoro de sus greguerías sobre el periódico, el libro, la radio y el café.

Todavía recordamos sus evocaciones nocturnas de Cleopatra por Radio Madrid, en el año 34. Sus visiones de fakir a través de la maravillosa bola de cristal de su fantasía, los descubrimientos portentosos que hacía en el Rastro. Entonces su imaginación convertía una simple botella verde en la botella de naufragio de nuestros relatos infantiles, y sabía descifrar el mensaje inexistente. Con voz ilusoria, forzosamente campanuda, Ramón nos introducía en el país donde todo puede pasar, y con un ademán de gran cicerone del reino maravilloso nos conducía a la gran barraca de los fenómenos nunca vistos, que podíamos ver gracias a su palabra mágica.

En la enormidad de su fantasía y de su imaginación reside también la extravagancia y lo arbitrario. Como en el serrín del Rastro, en sus libros se amontonan las baratijas junto a mucha joya deslumbrante. Sin embargo, al remover los oropeles sin valor hay siempre la posibilidad, la certidumbre, de encontrar el gran diamante que buscamos.

Torrente Ballester dice que en esta «monstruosidad verbal» reside «la inagotable vitalidad de Gómez de la Serna en cuanto factor influyente en su obra literaria, origen de su facundia y de su incontinencia; vitalidad orientada casi ex-

clusivamente hacia la literatura y consumida en verbosidad indomeñable. Ramón carece de sentido de la norma y del límite, su capacidad de escribir es sólo comparable a su capacidad de hablar. Su obra excede el marco concreto de los géneros. Es exuberante y agobiante como una selva tropical; como en la selva hay que desembarazarse de la horajasca para encontrar la madera escueta y dura».

También Gómez de la Serna, como Salinas en sus últimas poesías, predice un retorno al corazón y se anticipa a la literatura de nuestros días, que vuelve a humanizarse. En un ensayo o divagación de los más originales y bonitos, «La ainesia y el corazón», Ramón exalta cordialmente las corazonadas porque: «la vivencia del corazón es la vivencia suprema», escucha la música de la sangre que se oye en el corazón y asegura que: «el romanticismo vuelve, y vuelve porque lo mantuvo el corazón y la cola de los trajes de boda que no se dejaron vencer ante las tijeras que recortan todos los sobrantes de la vida, los tirabuzones y las ilusiones».

De los libros de Ramón Gómez de la Serna recomendamos, porque a nosotros particularmente nos agradan, los ensayos citados en el texto, más el «Ensayo sobre las mariposas» y «Lo cursi», y la serie biográfica encuadrada en «Retratos contemporáneos» y «Nuevos retratos contemporáneos». De las biografías grandes, «El Greco» y «Solana». Esenciales para comprender su época y su ambiente, «Pombo», «El Rastro», «El Circo» y «El cubismo y otros ismos». Indispensables para el estilo del escritor, «Greguerías» y «Ramonismo». De su original teatro, «Los medios seres».